

# Las universidades católicas “tras” la pandemia\*

---

**Jorge Costadoat**

**Pontificia Universidad Católica de Chile**

**Santiago de Chile**

Vivimos un momento apocalíptico. La pandemia generada por la covid-19, que ha estremecido al mundo en el último año, no es más que un aspecto de la crisis eco-social ambiental. Es un momento crítico, es decir, de juicio, de discernimiento, de tomar decisiones. La apocalíptica tiene que ver con acciones que serán juzgadas al fin del mundo. En otras palabras, hoy nos vemos confrontados con el sentido de la vida personal y colectiva. En la actualidad, conviene preguntarse por nuestra razón de ser y por la del planeta.

Las universidades católicas tienen a este propósito mucho que aportar. Para explicarlo, sin embargo, es necesario hacer un largo preámbulo teológico. En la primera sección, me detendré en la necesidad, desde el punto de vista cristiano, de dar una batalla contra el mito del futuro siempre mejor del progreso científico-técnico. En la segunda sección, esbozaré la posibilidad y la necesidad de recuperar la apocalíptica de las fuentes judeo-cristianas, porque en ella se encuentran claves importantes, precisamente, para discernir los acontecimientos y nuestras acciones. Solo en un tercer momento explicaré cómo las universidades católicas pueden hacer una contribución específica, a saber, articulando fe y la razón, esta vez, verificando en la actualidad la trascendencia de Dios. Hasta ahora, parece que han contribuido a la edificación del mundo en la clave del mito de una realización futura, conseguida con la ciencia y la técnica, un mito que conduce al fracaso de la vida en el planeta.

---

\* Debo un reconocimiento especial a los siguientes autores: M. Löwy, W. Benjamin, G. Gutiérrez, P. Trigo, I. Ellacuría, J. Sobrino, J. B. Metz, J. Noemi, O. Culmann, W. Pannenberg, Papa Francisco, L. Boff, J. L. Segundo, D. Innerarity y M. Foessel.

## 1. La batalla contra la promesa de un progreso ilimitado

El escenario es apocalíptico. En la actualidad, no hay mayor signo de los tiempos que la conciencia planetaria de una catástrofe ecológica y socio-ambiental inminente. Nunca antes la humanidad había enfrentado la posibilidad de extinguirse como lo hicieron los dinosaurios hace millones de años. Ciertamente, ha habido experiencias de *acabo mundi*. Debemos recordar a los pueblos originarios arrasados por la codicia de los colonizadores. En mi país, los chilenos hemos terminado por extinguir, o podemos hacerlo dentro de poco, a varias etnias —Aonikenkes, Selk'names, Yaganes, Kaweskares, Onases, Pikunches, Cuncos, Changos y Chonos. Las colonizaciones españolas, inglesas, francesas, estadounidenses y otras más son muy conocidas por la devastación de pueblos enteros, sea porque los quisieron “civilizar”, sea porque los explotaron abiertamente, así como se explotan las minas. Esta vez, sin embargo, toda la especie humana corre un peligro mortal. Las emisiones de gases de efecto invernadero representan una amenaza lapidaria para la especie humana, pues ya han sepultado a varias otras.

Hablemos, por tanto, de la pandemia como una crisis-dentro-de-la-crisis. La superación de la pandemia de la covid-19 es insegura. Tal vez las vacunas recién descubiertas saquen adelante a la humanidad. Nos habremos librado una vez más. Lo cierto es que la crisis ecológica planetaria está a punto de conducirnos a la lisis (λύσις o descomposición), es decir, a aquella etapa en la que los cadáveres se descomponen. La versión de la covid-19 es un bocinado de locomotora. Anuncia que la calidad de vida puede comenzar a empeorar para gentes que, hasta ahora, han vivido bastante bien; y no solo para los que huyen de sus territorios, como los migrantes que naufragan en el Mediterráneo. La crisis de este coronavirus es una alarma, entre otras, de un eventual comienzo del fin.

¿Qué hacer en estas circunstancias? El título de este ensayo juega con la preposición “tras”. “Tras” significa “después de”. La hemos oído varias veces. Nos preocupamos o nos preparamos para lo que ocurrirá “después de” esta pandemia. Pero este planteamiento es preocupante.

Es ilusorio pensar que “después de” la pandemia vendrá algo mejor, si no se tiene en cuenta el otro significado de “tras”: “detrás de” o “atrás de”. En cuanto al caso que nos ocupa, ha de considerarse que en el pasado hay algo tapado, oculto a primera vista, que tiene mucha importancia en el presente. Ese pasado puede constituir la condición de posibilidad para un futuro mejor, pero también peor. De ahí la necesidad de discernir el pasado.

Si lo que interesa es atinar con el “después de”, es necesario ver qué hay “detrás de” los acontecimientos. Es algo que está en curso desde hacer años,

incluso siglos, y a lo cual le asignamos un valor definitivo, es decir, algo tan valioso como para servir a todas las épocas. Esto es lo que habrá de ser encontrado. De lo contrario, no podremos proyectar futuro trascendente alguno. Antes bien, corremos el riesgo de tratar de hacer mejor lo que hemos procurado hacer bien, pero en una dirección equivocada. ¿Qué sería entonces trascendente? Los tsunamis, los terremotos, las erupciones volcánicas, las pestes como la del coronavirus no son trascendentes, sino cuando los seres humanos las enfrentan solidariamente, yendo “más allá” de sus intereses particulares, y proyectan para el género humano un destino compartido definitivo. ¿Están las universidades católicas equipadas para desenmascarar el mito del progreso ilimitado, el relato científico moderno, que está conduciendo al mundo hacia el precipicio, y al cual ellas, al igual que las demás universidades del mundo, han nutrido con sus disciplinas?

El desafío de la humanidad en la actualidad es tras-cender, ir “más allá”, pasar de un registro del tiempo a otro, de la caducidad a lo definitivo. Esto es lo que quiero subrayar. Es el mismo reto que tuvo y tendrá la humanidad mientras disponga de un mínimo de libertad para hacerse cargo de sí misma. Las circunstancias son relativamente nuevas, pero la tarea no ha cambiado en nada. El verdadero asunto no es volver a la normalidad, descansando en lo que la ciencia y la técnica, dinamizadas por el capitalismo, puedan ofrecernos como futuro con un elevado costo social en el presente. Esto no es nuevo. Es lo que hasta ahora ha primado como fundamental, sin serlo. Plantear el futuro en los mismos términos es intrascendente, pues no sirve para superar las condiciones que han hecho posible la debacle actual. En esto tienen especial relevancia la lucha para desguazar un modo de organizar la sociedad cuya intrascendencia la pagan los pobres y el planeta, y la construcción de un tipo de sociedad en la cual “hoy”, en el presente, en la actualidad, la existencia de Dios se demuestre en esfuerzos, aunque sean precarios, para anticipar la realización escatológica que el Creador tuvo en mente al crear el mundo.

¿Qué puede aportar el cristianismo en esta crisis-dentro-de-la-crisis? El aporte lo saca de su tradición. Hay en el cristianismo un “detrás” milenario, un acervo de humanidad incomparable, de millones de experiencias, de momentos críticos y de discernimientos, que fueron indicando a generaciones completas por dónde seguir. La tradición constituye aquello que los cristianos han recibido del pueblo de Israel, del judío Jesús y de la Iglesia como un depósito de experiencias vividas. Los primeros responsables de actualizar esta tradición son los bautizados. En ellos, el Espíritu renueva el evangelio, mediante la transmisión de persona a persona por generaciones. La misión de la jerarquía eclesiástica es velar por la unidad y la continuidad de este proceso. Ella, sin embargo, si no contribuye a actualizar esta tradición en el presente, obedeciendo al Cristo que llama desde la realización escatológica, la traiciona. Si no sacramentaliza la

eternidad de Dios en el presente, desorienta a los cristianos. Les hace creer que su modo de prosperar en el mundo es simplemente el que el mundo les ofrece o les impone.

Esta tradición es también, por lo mismo, un arsenal. En el presente hay cristianos que libran batallas contra una secularidad que, no obstante sus valores, ofrece el futuro como puro futuro. Si los cristianos representan efectivamente al Dios que creó y ama al mundo, no pueden sino combatir la idea moderna de una *fuga mundi*, verificada esta vez como una empresa que busca cumplir la promesa mundana de un futuro indeterminado, incesantemente intentado y logrado como progreso científico y técnico, conseguido ilusoriamente para algunos, pero, en definitiva, inalcanzable para todos por igual. La cultura dominante opera *etsi Deus non daretur*, como si el Dios que recupera a los descartados no existiera. Por cierto, no cualquier invocación de Dios es humanizadora. La cultura moderna es humanizadora en muchos aspectos, pero solo cuando articula un sentido trascendente.

Anticipo aquí la conclusión de este artículo. La prisa de las universidades católicas por forjar un futuro “tras” la pandemia es peligrosa. Una consagración absoluta al futuro, lo más rápida posible, sin una consideración seria del presente, sin tener en cuenta que hoy mismo es posible y necesario conjugar la eternidad del Dios de la historia, del Dios que hace justicia a los pobres, recicla una indebida divinización del progreso intramundano. Las universidades católicas tienen como primera obligación ser cristianas. La cumplirán, en medio de esta crisis-dentro-de-la-crisis, que coloca a la historia al borde de su término, si se enfocan en revertir el curso de los acontecimientos. De no intentarlo, seguirán siendo no simplemente irrelevantes, sino también culpables de la catástrofe.

## **2. Una praxis cristiana *sub specie aeternitatis***

Mi opinión es que no tiene sentido esperar simplemente a que “pase” la pandemia. Es preciso “tras-pasarla”. Es ir de veras “más allá”, no solo del caos generado, sino “más allá” de una existencia personal y colectiva caótica por falta rumbo. La expectativa de superar la pandemia no puede consistir en volver a lo mismo, si esto significa seguir el curso “in-tras-cendente” hacia un tipo de modernidad, que consume al planeta y a la humanidad. Volver a la normalidad es, en sentido estricto, intrascendente. Lo que hasta ahora se ha considerado normal, no solo desde el punto de vista de la fe, ha de considerarse anormal. En el futuro podrán darse innovaciones múltiples. Algunas serán muy útiles, pero solo serán importantes si dejan de hacer el juego a un modo de concebir el progreso como un dinamismo que no cesa de devorar y de extinguir al planeta. Semejante progreso no es progreso alguno, sostiene el papa Francisco.

¿Cómo podemos “tras-pasar” la pandemia? ¿Qué es trascendente en la hora actual? Dicho en términos sintéticos, amar al mundo como Dios lo ama. Amarlo como si todas las creaturas tuvieran un valor eterno; como si la realización de los otros seres fuera la condición de posibilidad de la realización del plan de Dios. Se trata, en definitiva, de colaborar con Dios para llevar la creación a la plenitud escatológica que tuvo en mente al comenzarla. La modernidad que nos está matando es una *fuga mundi* a un futuro proteico, que ilusoriamente nos hará felices. Por cierto, hace infelices a los que son tratados como inútiles o descartables, como si no tuvieran una dignidad imperecedera. Contra esta *fuga mundi*, los cristianos debieran oponer un *amor mundi*. El progreso puede ser trascendente, pero solo si abre espacio en el tiempo secular al ritmo eterno de Dios para alcanzar sus propósitos.

Así lo ha hecho el cristianismo en dos mil años, aunque ciertamente no siempre. En dos milenios ha habido cristianos que han vivido de Jesús de Nazaret, de su anuncio del reino y de su muerte y resurrección como el Mesías. Lo han hecho conjugando el Cristo que vino con el Cristo que siempre está viniendo del futuro, el Cristo que no cesa de venir para liberar a los oprimidos por el pecado y la muerte. El secreto de los cristianos ha consistido en mirar “atrás” y “detrás” de los acontecimientos actuales y pasados, el germen crístico, siempre activo, siempre superador de los fracasos y las catástrofes, que pueden sobrevenir “después”.

¿Cómo puede tener lugar esto en la actualidad? Pienso que hay dos vías complementarias.

### **2.1. La vía de la experiencia espiritual personal**

En plena pandemia, una de las mujeres que servía en la olla común de una comuna de Santiago de Chile, me decía: “nuestra recompensa es la alegría de la gente que viene a buscar su almuerzo”. Nunca me imaginé que la alegría tenía tanta relevancia fenomenológica. En la experiencia de amor al prójimo, un cristiano debiera poder ver a Cristo en acto, es decir, reconocer en una acción temporal el triunfo eterno del resucitado, asesinado por revelar a Dios. En pocas palabras, debiera experimentarlo como amor incondicional y desinteresado, y alegrarse como si la historia hubiera terminado exitosamente. Bien puede decirse que esta mujer, en circunstancias tremendas y altamente peligrosas para ella y para los demás, al alegrarse por el bien del prójimo, vive *sub specie aeternitatis*. Si esta mujer vive su vida en este registro, es que su praxis conjugó la temporalidad con la eternidad. ¿Era cristiana esta voluntaria de la olla común? Parece que sí, pero no me consta. Pudo no serlo, pero su acción puede caracterizarse como cristiana. El cristianismo, sabemos, consiste en amar con el amor

con que se es amado por Dios, es decir, amar gratuitamente, compartiendo la filiación divina con cualquiera, tratando a los otros como hermanos y hermanas, que comparten una creación que, también ella, es un don inmerecido de Dios. El núcleo de la fe y la obra de Jesús han quedado contenidos en las bienaventuranzas (Mt 5,1-12).

Poner la alegría en la definición del cristianismo lleva a considerar su génesis. Es obligatorio mirar hacia “atrás” para ver qué hay “detrás” de los acontecimientos que siempre fueron impredecibles y que quedaron en la memoria como textos valiosos, pero algo herméticos. El sentido de la historia es difícil de escrutar, en particular, para las víctimas de la covid-19. Pues bien, ayer, como hoy, se hizo necesario volver al pasado, porque allí estaban las pistas que permitían avanzar en la oscuridad. Tal vez entonces no supimos que el universo consta de doscientos mil millones de galaxias, pero, en la actualidad, al igual que hace siglos, tampoco sabemos hacia dónde vamos, más que por las huellas de los que nos precedieron. El cristianismo presume de conocer el camino. Pues el camino es Cristo, pero lo sabe solo como interpretación de su misterio, a lo largo de los tiempos. Es una interpretación eclesial de los tiempos, que nos ha dejado una batería de criterios, que indican qué hay al final, en su caso, un amor trinitario, y cómo alcanzarlo.

En todas las tradiciones religiosas, y habría que añadir culturales, se nos dan los códigos que operan como principios del conocimiento. Unos códigos necesarios para avanzar, aunque sea de forma tentativa. La tradición cristiana, antes que textos y dogmas, antes incluso que la misma Biblia, es una secuencia milenaria de acciones de personas que, como esta mujer de Santiago, han vivido *sub specie aeternitatis*. La tradición ofrece un futuro, cuando discierne en los acontecimientos que lo anticipan, su sentido más hondo, en virtud de los criterios que ha aquilatado en el pasado. Esta es la misión del magisterio de la Iglesia. Por esto mismo, el magisterio no puede pretender omnisciencia sobre tal futuro. Una desmesura tal la condenaría al fracaso. La Iglesia sabe adónde va, pero porque lo ha aprendido y porque todavía tiene que aprenderlo.

El regreso a la historia es indispensable para atinar con la historia. Si se quieren convertir los hechos que nos sobrevienen, por ejemplo, esta pandemia, como acontecimientos significativos, es obligatorio descubrir en el tiempo pasado aquello que parece tener valor eterno. Estos logros son las herramientas con las que la humanidad puede forjar la historia como una magnitud distinta a la necesidad de sobrevivir, reproducirse o propagarse.

¿Qué puede esperar hoy un cristiano? Por supuesto, que termine la pandemia. Pero hay modos cristianos de hacerlo. Hay otros que pueden parecer cristianos, pero no lo son. No basta acabar con la pandemia para volver a una

normalidad que, desde el punto de vista de la fe, es anormal. Es preciso “traspasar” la pandemia y las otras calamidades, no solo pasarlas.

## 2.2. La vía de una praxis política apocalíptica

La palabra apocalipsis tiene un mal nombre. La asociamos de manera simplista a una catástrofe universal. Normalmente, se piensa en acontecimientos desastrosos, como terremotos, diluvios, ciclones, erupciones volcánicas, tsunamis, guerras y pestes como la que sufre la humanidad a causa de la covid-19. Asimismo, se piensa que estos acontecimientos se imponen a los seres humanos como realidades que los superan y contra las cuales no pueden hacer nada más que sobrevivir. Desde la perspectiva religiosa, esos acontecimientos se vinculan a los pecados de la humanidad. Se cree que los acontecimientos apocalípticos son un castigo divino. En este caso, obligan a convertirse a un Dios airado para el *acabo mundi*. No para salvar el mundo, sino para salvarse de la furia divina. Esta connotación religiosa proviene de la Sagrada Escritura. Al final de la historia, de acuerdo a la literatura apocalíptica, tendrá lugar un juicio divino con consecuencias estremecedoras y fatales.

En realidad, el concepto bíblico es positivo. El libro del Apocalipsis del Nuevo Testamento señala, en clave críptica, el colapso del imperio que oprime a los cristianos. Su intencionalidad, por tanto, es política. Su autor anuncia que, al final, se “revelará” (αποκάλυψη, apocalipsis) la derrota de la Bestia y el triunfo que da esperanza a sus víctimas. El Nuevo Testamento proviene del Antiguo. La teología apocalíptica, desarrollada unos 150 años antes de Cristo, expresa la convicción de que Dios, al final de la historia, hará justicia a la fidelidad de los macabeos, mártires de quienes quisieron helenizarlos. Así las cosas, en la actualidad, el apocalipsis del Antiguo y del Nuevo Testamento da esperanza a los mártires del poder político. Dios les hará justicia, porque lucharon y porque dieron testimonio de que él es el Señor de la historia. Y este Dios no permitirá, gracias a los que resisten y dan su vida por su reinado, que la historia siga el curso que le han dado los que se creen dueños del mundo.

Esta experiencia espiritual tendría que integrar en la actualidad la praxis político-apocalíptica para interrumpir el curso de una historia que, de seguir por donde va, nos conducirá al colapso. El amor gratuito de los cristianos, que continúa la tradición de hacerse cargo de las víctimas de la historia, de quienes con su praxis contracorriente hacen que Dios interrumpa el camino al despeñadero, puede y debe verificar, en alguna medida, una acción política. De lo contrario, corre el riesgo de desembocar en la autosatisfacción individualista por ayudar al próximo. La prueba de la praxis cristiana es la disposición creyente, no necesariamente psicológica, al martirio. No al martirio *in recto*, sino como

deseo de dar testimonio extremo de un amor capaz de “traspasar” la muerte y, en la actualidad, la potencial extinción de la vida humana sobre la tierra.

Recurrir al concepto de la apocalíptica cristiana, que concibe el término de la historia no solo como un desastre, sino, sobre todo, como una motivación para hacer justicia a quienes el progreso moderno pidió un costo social y luego los olvidó, y para frenar a las sociedades que creen que la historia avanza hacia tiempos mejores con piloto automático, es útil por dos razones.

La primera es que *permite hacerse cargo de la historia humana en su totalidad*. Mirar el cristianismo en perspectiva apocalíptica ayuda a entender que Dios no es el salvador de algunos, unos pocos elegidos, sino de todos, porque todos han podido ser pecadores y porque el reino es para justos y pecadores. La apocalíptica, además, ayuda a ver que la historia de la humanidad y del cosmos se encamina a una realización que se revelará más allá de la extinción de la vida sobre la tierra —lo cual ocurrirá tarde o temprano—, porque Dios así lo quiso desde que creó el mundo y porque, si los seres humanos fracasan en sus proyectos, el proyecto que Dios cumplió en Cristo acabará por hacerse realidad, cuando todo termine.

Por cierto, una perspectiva tan amplia ofrece un horizonte en el cual los cristianos pueden prestar atención y discernir “los signos de los tiempos” para así saber qué quiere Dios de ellos, en momentos determinados de la historia. Dios actúa en el presente histórico mediante el Espíritu de Cristo resucitado. Su actuación se revela en quienes ponen en práctica su voluntad y la dan a conocer a los demás. Cristo es el Señor de la historia. En la actualidad, el seguimiento de Cristo implica mirar “hacia atrás” para ver “detrás” de los acontecimientos la acción escatológica de Dios, que apunta a un “después de” la pandemia y configura el mundo con un valor intemporal. La praxis cristiana apocalíptica verifica la eternidad en la temporalidad, cuando va contracorriente del pecado cultural y político, que insta a la humanidad a repetir los pasos que la conducen al desastre.

La segunda razón de la relevancia de la apocalíptica cristiana es que se trata de *revertir el curso de los acontecimientos desde el reverso de la historia*. El anuncio que Jesús hizo del reino es apocalíptico. Aunque el reino está abierto a todos, lo ofreció primero a los oprimidos, a las víctimas de los males naturales y morales. El gobierno de Dios, el reinado de Dios, no excluye a nadie, porque incluye a los marginados y a los excluidos.

De estas víctimas, sin embargo, Dios mismo tendrá que responder un día. Existen víctimas inocentes. Jesús fue una de ellas. Al resucitarlo, su Padre lo acreditó en su inocencia. La resurrección de Cristo, esperanza para otros



inocentes, no debiera cancelar la pregunta que estos inocentes puedan hacer a Dios e incluso contra Dios. Las víctimas de la actual pandemia de la covid-19, miles de millones de seres humanos infectados, perjudicados económicamente, reventados psíquicamente o privados del futuro para siempre, merecen que un día Dios les dé una explicación. Esto ocurrirá en la eternidad. Pero ese día ya puede acontecer en cada uno de nuestros días. El teólogo Óscar Culmann nos diría: “Ya, pero todavía no”.

Los cristianos de hoy pueden revelar la bondad y honrar a Dios con acciones compasivas y justas, que anticipan la vida eterna. Los médicos y las enfermeras de hoy, que han dado su vida cuidando a las víctimas del coronavirus, prueban, de un modo icónico, que hay un Dios que ama realmente a los seres humanos. En el plano de “las causas segundas”, santo Tomás diría que los cristianos tienen la responsabilidad de salvar la credibilidad de Dios. Lo harán si, en medio de esta crisis-dentro-de-la-crisis, luchan contra la extrema injusticia en la convivencia humana, que ha quedado al descubierto. En la acelerada carrera para apoderarse del mundo, hemos sido testigos de la victoria de los más rápidos sobre los más lentos. Constatamos su triunfo en la tremenda desigualdad de las economías de los países, en la vulnerabilidad de los sistemas de salud de las naciones pobres, en la corrupción de la política y la cultura, y en el monopolio de la producción del conocimiento. Sin embargo, ese mundo podría haber sido más feliz, si hubiera sido más rápido en compartir entre todos. La crisis ambiental, exasperada por la pandemia, nuevamente impacta más a los pueblos pobres y a las personas para las cuales no hay respiradores artificiales, ni auxiliares de enfermería, ni vacunas.

¿Qué viene “después de” la pandemia? Si la modernidad es control, se vislumbra un mundo ultramoderno. Cuando los peligros se multiplican y el prójimo más amado —la esposa, el esposo, los hijos, los nietos, los padres— se ha convertido en un peligro de contagio, no queda más que desarrollar y aplicar sofisticados o penosos sistemas de control. Tenemos a la vista una ultramodernidad, que querrá impedir que el mundo se nos siga yendo de las manos. Pero, a los ojos de la fe, lo que está en ciernes es el fracaso del espejismo del progreso ilimitado. Se nos prometió el paraíso. Los dueños del mundo se lo prometieron a quienes se sacrificaron para alcanzarlo. Se inventaron sucedáneos de la eternidad, como las ideologías marxista y capitalista. La marxista fracasó. La capitalista, la actual intérprete del mito de la modernidad, nos tiene al borde del abismo.

Sus víctimas tenían razón. Ellas eran inocentes. El sacrificio de los inocentes de hoy no justifica ningún éxito futuro. Al contrario, cuando la praxis de los últimos, inspirada por Dios, resiste, en un conato agónico, las fuerzas avasalladoras de una economía que mata, indica que hay otro modo de hacer historia.

Las pistas para evitar la catástrofe las tienen los pobres-empobrecidos, aquellos que quisieron comer y no pudieron, pese a que el mundo se deshace de un tercio de los alimentos que produce. Ellos tienen la clave, en la medida en que su fe los lleva a verificar la eternidad en la temporalidad, interrumpiéndola y transformándola. Sin embargo, no lo hacen cuando reciclan la sociedad que los deslumbra con los productos que les vende, cautivándolos con su compra y su consumo.

### **3. La obligación de las universidades católicas de articular el evangelio y la cultura**

El pensamiento moderno puede que oiga los discursos sobre la apocalíptica con sorna. Tendrá razón, si advierte en ellos una *fuga mundi*. No faltan sectas y gurúes que avizoran el cataclismo de la historia y predicán la conversión a un Dios que viene a castigar los empeños babilónicos en hacerle competencia. El problema de la mala apocalíptica es, en definitiva, que endosa el fin a Dios y exige a los seres humanos de probar que Dios es amor mediante acciones propias de seres racionales y responsables de la creación. Esta es, precisamente, la razón de ser de las universidades católicas. Pero el pensamiento moderno, que estas universidades son incapaces de cuestionar a fondo, incurre en otra *fuga mundi*, la de trastocar el sentido de la historia, al colocar la realización del mundo en el futuro, sin reparar en que, en el presente, para conseguir ese fin, convierte todo en un medio y a los seres humanos, en particular, en un costo social del progreso que avanza de la mano de una ciencia y una técnica que nos están matando.

Las universidades católicas, para ser cristianas, deben resistir y combatir la mala apocalíptica, por alienante, y la versión de la modernidad secularista. Las universidades católicas debieran, por el contrario, ofrecer una articulación creativa de fe y razón, de evangelio y modernidad. Su tarea consiste en probar con la ciencia y la técnica que Dios ama al mundo y que no lo dejará fracasar. La disyuntiva entre la acción de Dios en el mundo y la cultura no es cristiana. Solo es cristiana la armonización crítica de ambas. Si las universidades católicas efectivamente quieren hacerse cargo del “grito de la tierra”, han de comenzar por hacerse cargo del “grito de los pobres”, porque ellos, desde hace mucho tiempo, son las víctimas de una cosmología hecha trizas por la codicia capitalista, que demanda más y más ciencia y técnica para apropiarse del planeta.

La opción de Dios por los pobres, que constituye el núcleo del evangelio, exige a las universidades católicas crear otra cultura. Esto es imposible sin la ciencia y la técnica modernas, pero también lo será si la articulación de fe y razón, de fe y ciencia, de fe y cultura moderna no se ponen al servicio de la

salvación de la tierra. La tierra es “el pobre” por excelencia de nuestra época. El desafío es trascendente. En cambio, las universidades católicas, uncidas a la carreta del capitalismo, son tan intrascendentes como peligrosas.

¿Son cristianas las universidades católicas latinoamericanas? En ellas estudia la clase alta, la cual, a fin de cuentas, hace que nuestro continente sea el más desigual del planeta. ¿Qué harán hoy estas universidades, en esta circunstancia dantesca para la vida humana? No exagero. La crisis-dentro-de-la-crisis, la crisis de la pandemia de la covid-19 dentro de la crisis socio-ambiental global, ha hundido a millones de personas en la extrema pobreza. Lo primero que habrían de hacer las universidades católicas es dejar de creer en el mito del progreso ilimitado, que ha crucificado a pueblos enteros, diría Ignacio Ellacuría, rector de universidad y mártir, para ponerse al servicio del proyecto apocalíptico de Jesús de Nazaret. Una tarea eventualmente martirial, porque entonces se enfrentarán con los dueños del mundo, comenzando tal vez por los fundadores de sus donaciones.

Estamos ante una mega-conversión eclesial. Toda la Iglesia, bautizados y bautizadas, tienen que sacar de sus almas al neoliberalismo, que les ha hecho creer que algún día podrán solucionarse todos los problemas y podrán consumir, en gloria y majestad. Esta versión del capitalismo, como los ídolos, los ha despojado de su ciudadanía y los ha convertido en clientes, al mismo tiempo que ha corrompido la política en favor de unos pocos. Las universidades católicas, en lo que les toca, no pueden seguir ofreciendo sustento científico a una versión del capitalismo que nos prometió la eternidad, pero que nos lleva a la debacle.

No sé si todas, pero muchas de nuestras universidades necesitan una conversión radical. No se trata de que las personas sean más cristianas en ellas. Pocas cosas pueden ser más engañosas en las universidades que confiar su cristianismo a las pastorales y a la religiosidad de quienes las conforman. En nuestras universidades católicas, el catolicismo de sus integrantes debiera considerarse secundario. Cuando lo consideran prioritario, se corrompen. Lo verdaderamente decisivo es que creyentes y no creyentes, cristianos y personas de otras confesiones y filosofías, investiguen, enseñen y aprendan como si lo único que en el actual momento histórico tiene valor eterno es la lucha por un mundo y por una creación compartida entre todas las criaturas.

¿Por dónde comenzar? Creo que las universidades católicas, en las actuales circunstancias, tendrían que explicar, en primer lugar, cuál es la alegría que las justifica.